

---

SAN SABAS, ARCHIMANDRITA.

Esplicando la vida de san Sabas seguiremos al monje Cirilo, como hemos hecho al explicar la de san Eutimio ; y estamos tanto más seguros de la verdad de su historia, cuanto que él en su juventud tuvo la dicha de ser educado por este gran Santo y que su exactitud esta reconocida por todos los sabios en la *Historia eclesiástica y monástica*.

La aldea Mutalasco en Capadocia (diócesis de Cesárea) se hizo célebre por el nacimiento de san Sabas, cuyo padre se llamaba Juan y Sofia la madre, ambos muy distinguidos por su nobleza y su virtud. Juan, quien ejercia la profesión de las armas, viéndose obligado á trasladarse á Alejandría, se llevó á su mujer, y dejó al Santo, sólo de edad de cinco años, á su hermano llamado Hermias, con todos los intereses que poseía. Sabas estuvo dos ó tres años en su compañía ; pero se vió obligado á abandonarlo á causa de su esposa que era muy impertinente. Se refugió en casa de otro tío llamado Gregorio, quien era sacerdote y moraba en la aldea de Scandos, poco apartada de la de Mutalasco, y el cual lo recibió como buen padre. Este proceder causó la disensión entre Hermias y Gregorio, pretendiendo cada uno ser dueño del sobrino y de los bienes del padre ; pero el Santo, aunque sólo contaba ocho años, fué más sabio que ellos, y para terminar sus discusiones se retiró á Flaviania, monasterio situado á una pequeña legua de Mutalasco, habitado por setenta solitarios, donde se consagró á Dios. Allí se instruyó en la disciplina regular, y en poco tiempo aprendió el Salterio y todas las constituciones

monásticas que se observaban en aquella santa casa.

Sus tíos, ofendidos por su retiro, sea que temiesen los reproches de su padre, sea que sintiesen haberle dado ocasión con sus contiendas, fueron juntos al monasterio, é hicieron cuanto supieron para obligarle á salir de él. Le prometieron casarlo cuando tuviera la edad y ponerlo en posesión de los bienes de su padre ; pero Dios, que se lo había reservado para servirle en la religión, le dió la virtud necesaria, aunque tan joven, para resistir á sus sollicitaciones. Quiso más vivir en la humillación en la casa del Señor que engolfarse en los negocios tumultuosos del siglo ; y acordándose de estas palabras del Salvador : *Aquel que pone la mano en el arado y mira detrás, no es apto para el reino del cielo* (Luc. 2), se dijo á sí mismo : « Yo debo huir como de serpientes de aquellos que me quieren apartar con sus consejos del servicio del Señor, al cual yo me he comprometido, por temor que, dejándome debilitar, caiga en la maldición de que habla el Profeta cuando dice : *Maldito sea aquel que se aleja de vuestros mandamientos* (Psal. 118). » Tales fueron los generosos sentimientos de su piedad en una edad aun tan tierna.

También se puede juzgar de su fervor, y de cuánto procuraba mortificarse, por este hecho considerable que cuenta Cirilo. Trabajando en el jardín vió un árbol cargado de hermosas manzanas, y cogió una con el propósito de comérsela, aunque fuese antes de la hora de la comida ; pero teniéndola en la mano, se reprochó al momento este deseo inmortificado, acordándose que una acción semejante había hecho caer á Adán en el pecado y producido todas las miserias del mundo. « ¿ Cómo, dijo, me atreveré á renunciar á la hermosa virtud de la abstinencia y apesadumbrar mi alma por una infidelidad tan indigna ? ¿ Por ventura no sé yo que á la manera que en los árboles antes aparece la flor que los frutos, así la abstinencia produce en



nosotros la práctica del bien? » Diciendo esto arrojó al suelo la manzana que había cogido, la pisoteó y se impuso la ley inviolable de no comer de esta clase de fruta en lo restante de su vida. Dios recompensó la victoria que en esta ocasión obtuvo sobre la gula, con la gracia de la continencia y librándole de la tentación del sueño. Aun se volvió más fervoroso en los trabajos de la penitencia, que también abrazó con alegría de corazón, domando el espíritu con la mortificación interior, y al cuerpo con el trabajo; y se ejercitaba en estos actos con tanto fervor, que su historiador no repara en afirmar que aventajaba á todos los otros religiosos del monasterio en humildad, obediencia y mortificación.

También se cuenta una hazaña admirable de su fervor en sus primeros años, que Dios autorizó con un milagro. El panadero del monasterio había puesto en el horno sus hábitos para hacerlos secar, no habiéndolos podido poner al sol, por estar lloviendo. Se olvidó después de retirarlos, y al día siguiente habiendo los hermanos recibido orden del superior para hacer pan, hicieron calentar el horno, y el panadero no se acordó que tenía allí sus hábitos, sino cuando el fuego ya estaba bien encendido. Nadie osaba entrar en el horno para retirarlos; pero el joven Sabas, lleno de una fé viva, se armó con la señal de la cruz, entró audazmente en medio de las llamas y retiró los hábitos sin recibir el menor daño. Los circunstantes quedaron todos admirados de su valor y de un prodigio tan evidente. Dieron por ello gloria al Señor, y se dijeron los unos á los otros, como en otro tiempo se dijo en el nacimiento de san Juan Bautista: *¿Cuál pensáis que será un día este niño, á quien el Señor en esta edad favorece con tan grandes dones (Luc. 1)?* Cirilo dice que aprendió esto del sacerdote Gregorio, tió del Santo. Todavía moró diez años en este monasterio, haciendo siempre nuevos progresos en las virtu-

des de su estado. Pasado este tiempo sintió en su corazón un ardiente deseo de visitar los santos Lugares, y de pasar de allí á un desierto para vivir en él enteramente separado de las criaturas. Al efecto pidió el permiso á su superior, quien no creyó debérselo conceder; pero Dios, que le había inspirado tal propósito, proveyó con una visión, en la cual el superior oyó una voz que le decía: *Deja marchar á Sabas, para que me sirva en el desierto.* Después de esta orden del cielo lo llamó aparte, y le dijo: « Dios me ha mandado que os deje ir al desierto; me lo ha hecho conocer en una visión; os lo permito pues; os podeis retirar en paz; pero hacedlo sin decir nada á los otros hermanos. Deseo que el Señor esté con vos. »

Sabas, confirmado en su piadoso propósito por estas palabras de su superior, y escudado con su bendición, salió del monasterio y tomó el camino de Jerusalén. Tenía dieciocho años, y era, dice el monje Cirilo, al fin del reinado del emperador Marciano, siendo Juvenal obispo de Jerusalén. El primer monasterio en que se detuvo, fué el de san Pasarión, gobernado á la sazón por el abad Elpidio. Allí pasó el invierno, y hubieran querido que se hubiese quedado; pero se escusó siempre, no suspirando más que por la soledad, hácia la cual sentía un poderoso atractivo desde su infancia.

Al mismo tiempo oyó hablar de san Eutimio como de una de las más resplandecientes lumbreras de los desiertos de Oriente, y deseó vivamente ir á visitarlo.

El pidió, á quien lo consultó, aprobó su resolución, y le dió un guía para acompañarlo hasta la laura del Santo, en donde aguardó en compañía de los otros religiosos, que viniera de su caverna, como hacía todos los sábados. Así que hubo llegado le suplicó llorando que le recibiese en el número de sus discipulos; pero el Santo viéndolo tan joven le respondió: « No conviene, hijo mío, que á la edad que



teneis vivais en la laura ; ella no es para los jóvenes ; id al monasterio del abad Teutista, y allá hallaréis el provecho de vuestra alma. » — « Yo no sabría dudar, mi venerable Padre, le respondió Sabas, que el Señor, cuya Providencia se hace extensiva á todo el mundo, me ha conducido aquí para ponerme entre vuestras manos para que pueda obrar mi salud como deseo ; así es que haré cuanto me mandeis. » En vista de esta respuesta, san Eutimio lo envió á san Teutista y le encomendó que tuviera de él un cuidado particular, porque preveía que el Señor un día haría del mismo una de las más firmes columnas del orden monástico.

No se puede dudar, dice el monje Cirilo, que Dios no hubiese revelado á san Eutimio el designio que tenía de hacer del joven Sabas el más célebre Padre de los anacoretas, y que un día los gobernaria en calidad de superior general ; y él no quiso recibirlo en su monasterio á la edad que entonces tenía, á fin de que por su ejemplo aprendiera á hacer lo mismo con los jóvenes cuando fundaría su laura, que debía ser la más famosa de la Palestina y servir de modelo á todas las otras.

San Sabas viéndose bajo la dirección del bienaventurado Teutista, renovó entre sus manos la resolución que había tomado de consagrarse á Dios, no poniendo otros límites á su sacrificio que los de la obediencia. Le puso en disposición para cuanto se pudiera exigir de él. Estableció por fundamento de su conducta espiritual una humildad profunda, una obediencia ciega. Aunque durante el día fuera infatigable en su trabajo, siempre era el primero en asistir al oficio divino y el último en salir de la iglesia. Además de haberle dotado Dios de una extraordinaria fuerza de espíritu y de un corazón generoso para todo aquello que pertenecía á su servicio, era robusto y de una talla muy aventajada, y hacía tres veces más trabajo que los otros. Por una parte se le veía servir en el altar y en cuanto era del culto

de Dios con gozo y alegría de corazón ; por otra, era infatigable en servir á los hermanos, llevando el agua y leña necesarias, prestándose á las necesidades de todos, y portándose en los diferentes ministerios que le confiaban de un modo irreprochable, en tal suerte que los religiosos del monasterio no podían admirar bastante como, siendo tan joven, cumplía con tan diferentes empleos y con tan grande discreción.

El demonio, envidioso de sus progresos en las virtudes religiosas, se sirvió de un mandato de su superior para tenderle un lazo ; pero Dios, quien siempre bendice la santa obediencia, hizo que este artificio del demonio resultara en confusión de este mismo, y confirmó á los religiosos del monasterio en la alta idea que tenían de la solidez de su virtud. Habiendo uno de sus cohermanos sabido que sus padres habían muerto en Alejandría, que era su patria, rogó al bienaventurado Teutista le permitiera ir allí para ordenar su sucesión, y le diera á Sabas por compañero de su viaje. El santo abad accedió á ello ; y cuando hubieron llegado allá, Sabas fué encontrado y reconocido por sus parientes. Le instaron mucho á que cambiase de estado y tomase el del servicio del príncipe, prometiéndole un destino ventajoso ; pero él rechazó esta proposición diciéndoles : « Yo me he comprometido á la milicia del Rey de los reyes, y no sabría abandonar su servicio. Ni aun podré mirar como parientes míos á los que me dan un consejo tan perverso ; y para deciroslo en una palabra, he resuelto perseverar hasta el fin en el estado santo que he abrazado, y espero que Dios me concederá la gracia de morir en él. »

Ellos no cejaron en hacerle nuevas instancias ; pero vencidos por su firmeza, le presentaron veinte piezas de oro para su viaje. Tomó solamente tres para no contristarlos con un nuevo rehuso, y á su vuelta las puso en manos de su superior Teutista.



Hacia ya diez años que estaba en el monasterio cuando este bienaventurado abad murió. Maris le sucedió, y Longino dos años después, como lo hemos dicho en la vida de san Eutimio. Nuestro santo rogó á este último le permitiera retirarse á una caverna que estaba fuera del monasterio, cerca de un precipicio por la parte del mediodía, contando vivir allí como anacoreta. Hasta entonces había dado pruebas de todas las virtudes religiosas, y se había colocado por encima de los más ancianos con su abstinencia, su humildad, su obediencia y su asiduidad en la oración en las vigílias de la noche. Pero, aunque Longino estuviese convencido de los grandes progresos que había hecho en su estado, no se atrevió á permitirselo á causa de su edad, pues entonces sólo tenía treinta años, sin recibir antes el consejo de san Eutimio. La respuesta de este varón esclarecido de Dios fué que se lo podía conceder. De momento le dió permiso para morar cinco semanas en la caverna, como para hacer la prueba; y después permaneció en ella cinco años, sin faltar, empero, en ir todos los sábados al monasterio para participar de los santos Misterios con los hermanos. Pasaba, pues, toda la semana en un profundo silencio, en la oración, riguroso ayuno y en el trabajo. En los cinco primeros días hacía cincuenta cestas, que el sábado llevaba al monasterio para entregarlas al superior, y el domingo después de vísperas volvía á su caverna, cargado de tantos ramos de palmera cuantos necesitaba para sus obras en el resto de la semana.

San Eutimio sabedor de su modo de vivir, y reconociendo con esto la solidez de su virtud, después se lo llevó todos los años con él al retiro que había acostumbrado hacer en la soledad de Rubán después de la octava de los Reyes con su discípulo Demociano. Allí, separados de todas las criaturas, escitaban su corazón para unirse más íntimamente con Dios por el ejercicio de la santa oración; y san

Eutimio, trabajando en formar siempre más á Sabas en las más encumbradas virtudes, admiraba con un consuelo extremo su sabiduría y su ardor por la perfección, y por esto le llamaba *el joven viejo*, como por la misma razón se ha dicho de san Macario de Egipto.

En una de estas retiradas fué cuando, habiendo pasado con san Eutimio de Rubán á un desierto más escondido y más allá del mar Muerto por la parte del medio día, se hallaron en un lugar seco, que les faltó el agua durante algunos días. Sabas, abrasado de calor y de sed, no podía soportar el fuego que sentía en sus entrañas, y se encontró imposibilitado para marchar. San Eutimio, movido de piedad, se alejó de él un poco se postró en tierra, y dijo á Dios: « Dadme, Señor, un poco de agua en esta tierra árida, para que este religioso pueda apagar su sed. » Después de una corta, pero ardiente oración, llamó á Sabas, y dando dos ó tres golpes á la tierra con un escardillo que llevaba, hizo salir agua que bebió; lo que, por mayor maravilla, no solo restableció sus fuerzas, sino que aun le dió un nuevo valor para vencer todas las dificultades de la vida eremítica.

Esta fué la última retirada que hizo al desierto con san Eutimio; pues esta grande lumbrera de la soledad se extinguió algunos meses después. Su muerte trajo fatales consecuencias al monasterio de san Teutista. No estando los religiosos sostenidos por sus visitas y consejos, el vigor de la disciplina regular se debilitó entre ellos, y san Sabas habiéndose apercebido de esta relajación, no aguardó que presentase mayores creces, sino que se retiró á la parte de Oriente, en donde san Gerásimo brillaba por el resplendor de sus virtudes como el sol del medio-día, y se estableció en el desierto de Cutila. Todo el tiempo que estuvo en él llevó una vida más celestial que terrestre; pues, además de los rigurosos ayunos que practicaba y de su completo alejamiento



de todas las criaturas, sólo se ocupaba de Dios y de sus perfecciones divinas, y trataba, en cuanto es capaz la débil criatura, de retratar en su alma su santidad como en un espejo, con la pureza de su vida. Los demonios tentaron de turbar allí su reposo con sus prestigios. Una noche que el descansaba sobre la arena, se le presentaron en su alrededor bajo la forma de serpientes y escorpiones ; pero él los puso en fuga con la señal de la cruz. Otra vez uno de estos malignos espíritus quiso espantarle presentándosele bajo la figura de un león, cuya horrible mirada parecía amenazar devorarlo ; pero el intrépido Sabas, quien ponía toda su confianza en Dios, le dijo : « Si el Señor te ha dado algún poder contra de mí, ¿ qué aguardas en demostrarlo ? ¿ Si por el contrario no te lo ha dado, porque te empeñas en tus vanos esfuerzos ? Tú jamás me separarás de él con tus prestigios. Él nos ha dicho en sus divinas Escrituras, *que nosotros marcharemos sobre el áspid y sobre el basilisco, y que conculcaremos al león y al dragón* (Psal. 20). » San Sabas jamás recibió daño alguno de los animales de los diferentes desiertos en que habitó, por más que con frecuencia halló á su paso, á que se encontró en medio de ellos.

Durante su morada en el desierto halló tres Sarracenos, quienes habiéndose puesto en camino sin provisiones, se encontraban en extremo oprimidos por el hambre. Se apiadó de ellos y les presentó algunas raices que llevaba en su piel de oveja. Estos bárbaros las comieron con avidez quedando por ello muy contentos. Procuraron después descubrir el lugar del desierto donde se retiraba, y algunos dias después le presentaron pan, pequeños quesos y ramas de palmera. Sabas admiró su reconocimiento ; y como todo lo elevaba á Dios, se compungió por sus infidelidades más insignificantes, y derramando lágrimas dijo : « Ay de mí, alma mía ! Mira cómo los bárbaros han hecho mucho camino y han penado más para venir á reconocer el pequeño servicio

que les presté. ¿ Que no debemos hacer nosotros por Dios, ingratos como somos, por ese Dios, quien todos los días nos colma de tantas gracias y dones ? No obstante, lejos de corresponder con una fiel obediencia á sus mandamientos, y con las alabanzas que le debemos, pasamos toda la vida en el olvido de sus bondades, y en el relajamiento y en la pereza para todo cuanto pertenece á su servicio. » Quédó tan penetrado de esta piadosa consideración, que su conpunción duró muchos días, sirviéndole de coloquio interior con Dios en la oración, que no dejó de hacer durante este tiempo, ya de noche, ya de día.

Rubán y Cutila eran dos desiertos contiguos, ó más bien no formaban más que un mismo desierto, al cual el historiador del Santo da indiferentemente estos dos nombres. Después de esto que acabamos de relatar, dice que un solitario llamado Anto, discípulo de san Teodosio, de quien hablaremos más tarde, fué á encontrarlo en el desierto de Rubán donde entonces estaba, y le habló mucho del mérito de su maestro ; y después san Sabas y san Teodosio contrajeron una estrecha amistad. Mas mientras Anto estaba con Sabas en este desierto, divisaron que á lo lejos venían unos Serracenos, quienes, por un designio malicioso, determinaron que uno de ellos se adelantara para tentarlos, y que si se les resistían vendrían ellos mismos, los atarían llevándoselos como esclavos. Los dos Santos penetraron fácilmente su perversa intención, y en el peligro que les amenazaba, rogaron al Señor que los librase de las manos de estos bárbaros. Apenas hubieron hecho una corta oración, que la tierra se abrió bajo los piés del que se había adelantado hácia ellos, tragándolo todo vivo ; lo que horrorizó tanto á los otros, que emprendieron la retirada. A este objeto Dios hizo también la misma gracia á Sabas, que le había hecho para preservarle de las bestias feroces. Le protegió igualmente contra los bárbaros, y ninguno se atrevió á causarle daño alguno.